

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 111.—15 de Octubre de 1874.

---

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

---

*Doña C. C. de Q.* Es V. la primera que se acuerda de los pobres. Gracias mil en su nombre, por las ropas usadas de niño que ha tenido la caridad de remitirnos.

*A D. M. V.* Damos las gracias en nombre de los heridos, para quienes nos ha remitido 60 rs. y un lio de trapos.

## LOS POBRES VAN A TENER FRIO Y HAMBRE.

---

Está casi entrando el invierno, y el guarda-ropa de los pobres está vacío. Si nuestros siempre caritativos lectores no lo proveen algun tanto, nuestros pobres van á pasar mucho frio y mucha hambre. Desde que hay guerra, los pobres están casi abandonados por sus bienhechores, cuya atencion está únicamente concentrada en los heridos. Muy caritativo, muy meritorio es atender á estos; pero ¿no puede la santa caridad abrir tambien sus brazos á los pobres? Muchos de ellos sufren por consecuencia de la guerra, pues pocas familias hay que no tengan, ó hayan perdido en ella, algun hijo, padre, marido ó hermano que, siendo su sosten, no las haya dejado al partir sumidas en la miseria.

¿No son estos tambien heridos *por la campaña*, si no en campaña? ¡Heridos en el alma, la mas cruel de todas las heridas! ¡Heridos en el cuerpo por la miseria y sus consecuencias!

Si es justo, si es bueno, si es santo, cuidar y proporcionar



bienestar á los heridos, ¿no es dulce, no es bueno, no es justo socorrer y consolar á los pedazos de sus almas que quedan aquí sufriendo moral y materialmente?

Para desempeñar esta tarea pedimos auxilio á nuestros constantes colaboradores en las buenas obras, seguros de que esta vez, como otras muchas, responderán á nuestro llamamiento, no defraudando así las esperanzas de los desvalidos (\*).

*La Redaccion.*

## DESDE UN HOSPITAL.



### *Carta quinta.*

Mis buenos y queridos amigos: con mas voluntad que disposicion de ánimo para escribir, tomo la pluma como deudor á quien su corazon recuerda el pago; y digo el corazon y no la conciencia, porque esta no me acusa de un silencio, efecto en parte de falta de libertad y en parte de falta de ánimo. Contristado el mio viendo de cerca los horrores de la guerra, que traen mas lágrimas á los ojos que ideas al pensamiento, hallo además la dificultad de no poder hacer aquellas reflexiones, ni señalar aquellas reformas que pudieran redundar en beneficio de los enfermos y heridos.

No pueden VV. figurarse la tristísima impresion que producen estos campos ya sin frutos ni verdura, considerando que el invierno que se aproxima es tan buen aliado de la guerra para hacer víctimas. El frio intenso, el agua que seca con el calor de su cuerpo el pobre soldado, las largas noches respirando el aire viciado de un cuchitril donde podrian estar dos hombres y hay veinte, y los dias lluviosos en que no es posible salir del reducido albergue á mejorar de atmósfera, y otras mil circunstancias propias del invierno, y que poblarán los hospitales, ¡ay! y los cementerios.

Despues de tanto tiempo sin comunicar con VV., tengo que hacerlo hoy en la disposicion de ánimo mas triste. Ayer salia la division de vanguardia. Hay una cosa mas triste que ver ir los hombres

---

(\*) Volvemos á recordar á nuestros lectores, que la Redaccion de la VOZ DE LA CARIDAD está temporalmente en la calle de los Reyes, número 20, segundo derecha.



á la guerra, y es verlos partir para el combate. Iban á La Guardia los que veíamos pasar llenos de vida; iban á recibir y dar la muerte. ¿Quién caerá? Como podia ser cualquiera de ellos, nos parecia verlos heridos á todos, y pasaban, pasaban, como otras tantas víctimas de la impía lucha. Además del interés que nos inspiran todos, como la division Blanco ha estado aquí mucho tiempo, tenemos en ella muchos amigos, es decir, muchos enfermos asistidos en este hospital y que conservan de él un recuerdo agradecido. Si VV. hubieran visto cómo los que podian disponer de un momento venian á despedirse, y las manifestaciones cariñosas que hacian al pasar, habrian dicho como nosotros: ¿Qué importan las calumnias que á la Cruz Roja se dirigen? Bien hicieron ayer los honores á su bandera tantas manos como le enviaban cordial saludo, tantos ojos como la miraban amorosamente. Ella, agitada por el fuerte viento, parecia devolverles el saludo, desearles buena suerte, y decirles: *que por la alta idea que representa cubra desde aquí á los que caigan en el campo de batalla; amparadlos como os he amparado; LOS ENEMIGOS HERIDOS SON HERMANOS.*

Este desfile se hacia al compás de los quejidos que en su prolongadísima agonía daba un infeliz soldado, terrible memento, que aunque hubiera sido oido, lo habria sido en vano. ¿Quién se ocupa ni qué importa un soldado que se muere?

Cuando se impriman estas líneas, ya se sabrá las víctimas que ha costado el recuperar La Guardia. Hay aquí variedad de pareceres: unos dicen que habrá mucha resistencia, otros que poca; yo no entiendo de guerra, pero si se ofreciera tomar el pueblo teniendo solas *dos bajas*, el General se apresuraria á aceptar la proposicion y él y todos tendrian la pérdida por insignificante. ¡Insignificante! Escuchen VV. lo que son *dos bajas*.

Hace mas de dos meses, en un tiroteo de avanzada, muy cerca de aquí, hubo dos heridos de la reserva de Córdoba, dos hombres fuera de combate, bien poca cosa. El uno daba horror; tenia deshecha la cara, no veia ni podia hablar; desgraciadamente para él, conserva todo su conocimiento, y probablemente toda su sensibilidad; y las 39 horas que vivió, debieron ser de espantosa tortura. Era el que nos inspiraba mas compasion, y no obstante, su suerte, con ser tan triste, ha debido de parecer envidiable á su infeliz compañero. Traia este un balazo en la rodilla, no tenia dolores, ni para los que no lo entendíamos parecia tener gravedad. Estaba alegre y con buen apetito: poco le duró. Sobrevinieron complicaciones y síntomas gravísimos: la pierna es un foco purulento y fétido; los dolores intolerables, los quejidos desgarradores, y el pobre herido, clavado en la



cama como en un potro, estenuado en grado sumo, tiene el aspecto de un cadáver que sufre. En vano se le mudan ropas y vendajes, la fetidez que de sí arroja aquella pierna podrida es intolerable: en vano se procura variar su alimentación dándole cuanto apetece; todos los manjares le cansan y se estenua; no descansa ni de día ni de noche, ni puede moverse ni estar en aquella postura, y da ayes lastimeros que parten el corazón. Este joven, alegre, de apacible condición, que ni aborrecía ni quería hacer daño á nadie, tiene padres, que ya no tendrán hijo cuando VV. reciban esta carta. Tantas y tan terribles horas de tan horribles sufrimientos; esta vida que desaparece con tan dolorosa lentitud; estos padres ancianos llorando al hijo imberbe; estos ayes que desgarran el alma; esta horrible muerte de una pobre inocente víctima, que al que no tiene la fe muy arraigada le pone en peligro de cometer una grave culpa, dudando de la providencia de Dios, todo esto no es mas que una baja. Cuando por la noche oimos los quejidos del pobre Tomás, decimos siempre: ¿Cómo pueden dormir los que contribuyen de cualquier modo que sea á que haya tantos centenares, tantos miles de víctimas como las que estamos viendo espirar? No se comprende; en algunos será perversidad, en los mas debe ser falta de reflexion, y del conocimiento del mal que hacen. A todo el que de cualquier modo contribuya á que los hombres lleven sus cuestiones al terreno de la fuerza, lo traería yo á la cabecera de la cama de un pobre herido que lentamente se estingue entre crueles dolores, para que vea cómo un hombre sin aspiraciones ni rencores, parece víctima del odio y de la ambicion ajena; y si conservaban un resto de corazón y de conciencia, se arrepentirian de su gran pecado.

Estamos preparados á recibir los heridos de La Guardia, si llegasen aquí, que no es probable, teniendo mas cerca Logroño y Haro: hemos ofrecido á la Sanidad Militar efectos sanitarios y algunas sustancias alimenticias, extracto de Liebig, leche condensada, etc.

La Seccion Central de señoras cumple bien; poco debe importarle que la juzguen mal.

Estamos llenos de angustiosa inquietud. ¿Cuántas víctimas habrá en La Guardia? Además de las lágrimas que toda mujer compasiva derrama al ver partir á los hombres al combate, corren en este hospital lágrimas de madre que ve á su hijo entre los combatientes, y si cayera, él solo, no habria mas que *una baja*, pérdida que no era nada para el mundo, que lo era todo para la pobre mujer que le vió trasponer con tanta angustia, que mira al cielo encapotado pensando que se mojará, que mira á la tierra del otro lado del Ebro pensando si se empapará en su sangre.....



Amigos míos, adios. Él haga que no sean muchas las madres que despues del ataque de La Guardia digan: Ya no tengo hijo.

X.

La Asamblea de la Cruz Roja ha aceptado la dimision de Inspector general, que hace tiempo tenia presentada nuestro distinguido amigo el Sr. D. Nicasio Landa.

## ADICIONES A UN CAPITULO DE SOUVESTRE.

Amaos los unos á los otros. En eso se conocerá que sois discipulos míos.

(JESUCRISTO SR. NTRD.)

Abril ha estendido sobre la tierra un manto de flores. Las violetas, los narcisos, las lilas y los junquillos perfuman los azafates de las ramilletteras. Las tardes han crecido, y las gentes, despues de comer, pasean á lo largo de los muelles y baluartes. Yo tambien salgo á dar mi paseo vespertino.

Es la hora en que París se manifiesta en el llenc de su hermosura. Por las mañanas hiere un poco la vista el blanco enlucido de las fachadas; incomoda el ruido de los carros, cuyo peso hace que los adoquines tiemblen bajo sus ruedas colosales; molestan los encontrones de la multitud que acude á los mercados, á las fábricas y talleres, con la premura del que teme caer en retardo..... Cada cual atiende á sus ocupaciones, y el aspecto de la poblacion tiene algo de acerbo, de prosáico y afanoso.

Pero en cuanto asoma el lucero de la tarde, la escena cambia por completo. Los edificios aparecen envueltos en vaporosas medias tintas. A los pesadísimos carros suceden las elegantes carretelas; á los afanes, las diversiones; á las rudas tareas, el descanso. El obrero arrincona la piqueta, el artesano se quita el delantal, el oficinista deja la pluma, y los ciudadanos de París, lo mismo que los de Tebas, aplazan los negocios sérios para el dia siguiente.

Todo el mundo se acicala y sale á divertirse. Ilumínanse los cafés, ármanse los puestos de golosinas, ábrense los teatros, empiezan los bailes y los conciertos al aire libre, y yo, sin entrar en ellos, participo de la fiesta. La mia es ver contentos á los demás. Esta es una diversion muy buena, muy barata, y sobre todo nada vulgar. Llorar con los que lloran, es muy santo y muy bueno. Alegrarse con los que se alegran, es todavía mucho mejor. Ningun en-



vidioso alcanza ese placer, ningun misántropo le busca; los egoistas apenas le conciben; los soberbios le desprecian; y, sin embargo, el alma que le disfruta, lleva en sí misma el rayo de sol que hace brotar de su fondo esas tres bellisimas flores que se llaman *resignacion, esperanza y benevolencia*.

En medio de la risueña muchedumbre me hallo solo, pero no aislado; soy, por decirlo así, el reverbero de sus alegrías. Por ventura, los que gozan ¿no son hijos de Dios? ¿No debo yo alegrarme de que mis hermanos se diviertan? Si á ellos les sonríe la fortuna y de mí no hace caso, me consolaré con decir, como el amigo del joven Parmenion: *Esos tambien son Alejandro*.

Haciendo tales soliloquios, camino á la ventura, ya siguiendo las aceras, ya cruzando las calles; unas veces parándome á leer los anuncios, y otras deteniéndome á examinar los aparadores y los escaparates. ¡Válgame Dios cuánto se aprende correteando las calles de París!.... Cada bazar es un museo. Allí se ven frutos desconocidos, joyas de todas hechuras, muebles de todas las épocas, productos de todos los climas, armas de todos los siglos, artefactos de todos los paises..... París, si bien se mira, es el muestrario del mundo.

Así, ved al hijo del pueblo, cuya instruccion ha sido adquirida pasando y repasando por delante de las vidrieras y anaqueles; nada sabe, y de todo tiene una idea primordial; ha visto ananas y chirimoyas en los aparadores de Chevel, una palmera en el Jardin de plantas, una girafa en los Elíseos, cañas de azúcar en la colonial; pieles rojas y pipas turcas en la esposicion de la sala Valentino, trajes, adornos y peinados de todas las provincias en las colecciones de Balbin.

Por medio del grabado y de la fotografía conoce, de vista por lo menos, á casi todas las celebridades del mundo. Las muestras de los estereóscopos le han hecho ver la coronacion de los reyes, las ceremonias de los chinos, las sesiones del Parlamento inglés, las corridas de toros, la caza del tigre y la pesca del cocodrilo. Ha visto las mas famosas cordilleras, los mas celebrados monumentos, las erupciones del Vesubio, las galerías del Vaticano, el Palacio de cristal, la Torre de porcelana, el salto del Niágara..... todo.....

Pasead al pilluelo de París por las cinco partes del mundo, y mas pronto lograreis instruirle que asombrarle. A cualquier maravilla que le mostreis, creyendo verle admirado y sorprendido, sonreiráse diciendo: *Connu*..... En efecto, no es facil que un hijo de París encuentre por el mundo cosa notable que le sea completamente desconocida.



Estas continuas y variadas exhibiciones, no solo instruyen someramente á las personas menos despiertas; son, además un poderoso incentivo para las imaginaciones vivas y novelescas: son, por decirlo así, el primer peldaño de la escalera de los ensueños, el pasadizo al país de las quimeras. Yo nunca paso junto á un kiosko lleno de cactus, de ficus y magnolias, sin que la imaginacion me lleve á recorrer las florestas y los claros de bosque descritos por el sublime cantor de los Natches.

Despues, cuando los ojos se cansan de ver tantos y tantos productos de la naturaleza, del arte y de la industria, si los volvemos á las personas, ¡qué vasto campo se abre á los ejercicios de la observacion, de la perspicacia y de la fantasía!..... Una mirada, un gesto, un ademán, algunas frases recojidas al paso, nos hacen entrever millares de perspectivas, y haciendo conjeturas, tratamos de colegir aquellas vagas é incompletas revelaciones, como se afana el arqueólogo por descifrar las mutiladas inscripciones de algun antiguo monumento. Sobre cualquier indicio forjamos una historia ó una novela, porque la imaginacion propende á crearlas, en desquite de lo mucho que la fatiga el peso de la triste ó prosáica realidad.

Sin ir mas lejos, esta misma tarde, al pasar junto á un palacio recién construido, en el relámpago de una mirada he descubierto el asunto mas vasto que pudiera un filósofo elegir para la esplanacion de sus teorías.

En el dintel menos alumbrado, y á la sombra que proyectaba un toldillo, estaba un hombre de pie, derecho, con la cabeza desnuda, y en la mano el sombrero, que tendia implorando mímicamente una limosna. Su aspecto revelaba ese pudor que se resiste á patentizar los estragos de una indigencia largo tiempo combatida. El gaban abotonado hasta el cuello encubria discretamente la desercion ó la derrota de la camisa. Servíanle de antifaz unos mechones de cabellos grises; tenia los ojos cerrados, sin duda para librarlos del espectáculo de su forzosa humillacion. Su inmovilidad y su mutismo permitian á los paseantes hacer la vista gorda, y aun así, al verle aceleraban el paso, temiendo que la importunidad les arrancara el socorro, que tácitamente negaban al infortunio velado por la sombra, el silencio y la vergüenza.

De pronto abrieron las puertas para dar paso á una carretela tirada por dos briosos alazanes, que al salir contuvieron sus brios y despues se lanzaron velozmente hácia el barrio de San German. Apenas pude ver á las damas que iban al sarao cubiertas de brillante pedrería.

La rojiza luz de los faroles dibujó una raya sangrienta en la pá-



lida frente del mendigo: abrió los ojos, y en su centellante mirada descubrí un no sé qué de siniestro y amenazador; sus labios temblaban al balbucear esta horrible palabra..... ¡Malditos!

Esto dió al traste con mi sano propósito de divertirme. Dejé caer mi óbolo en el sombrero siempre tendido del mendigo, y alejéme contristado de aquel sitio en donde habia descubierto las dos úlceras mas repugnantes que corroen á la humana sociedad; la rencorosa envidia de los que sufren y el feroz egoismo de los que gozan.

Variando el rumbo, torcí por calles menos concurridas, pensando en el problema que desde tiempo inmemorial se halla escrito en el fondo de casi todas las contiendas humanas, pero mas claramente acentuado en nuestros dias.

Horrorizábame la idea de los males, de los crímenes y horrores originados por esas luchas que, de generacion en generacion, han venido renovando la sangrienta y horrible historia de Abel y de Cain.

¿Es posible, me decia, que despues de tantos siglos de pruebas y desengaños, despues de tanto como inutilmente han escrito, han perorado y han revuelto los reformadores que se precian de ser abogados de los pobres, estos no se hayan convencido de que su pleito no ha de ganarse á fuerza de plumadas, de discursos y de cintarazos?

Deploraba la obcecacion de los hombres que, apartándose de la ley divina, pretenden perfeccionar las leyes humanas.

Preguntábame á mí mismo si no habria medio para resolver pacífica y satisfactoriamente la pavorosa cuestion que á todos en el dia nos trae mas ó menos afligidos y amedrentados.

Y embebido en tales pensamientos iba, cuando me hallé junto á un edificio que reconocí al momento, á pesar de que le veia por segunda vez al cabo de dos años y medio.

La primera fue una tarde que, al volver de paseo, vi junto á la poterna del Louvre un corro de personas atraidas por los sollozos y lamentos de un niño, que á lo menos tendria seis años.

—¿Qué tendrá ese angelito? dije yo mirando á un albañil que volvia de la obra, con su piqueta al hombro y su trulla en la mano.

—Lo que tiene, me respondió el buen hombre con natural despejo, es un ayo muy cuidadoso. Dos horas hace que se fue diciendo al pobre chiquitin que le aguardara un momento mientras iba con dos amigos á beber una copa, y se conoce que bebiendo se le ha despertado la sed, porque no ha vuelto, y esta pobre criatura no sabe ir á su casa.

—¿Dónde vive?



—Se lo hemos preguntado, y por las señas no es fácil dar con su nido: dice que vive lejos, que se llama Carlos, y que sus papás son Mr. y Madama Duval..... ¡Digo! ¡Lo menos habrá en París sus cien docenas de Duvalés!....

—Pero ese niño ¿no sabe cómo se llama la calle donde vive?

—Así parece. A mi ver, es hijo de algun ricacho, puesto que, según dice, siempre que sale de su casa va en coche ó con lacayo.

—¿Y cómo le vamos á dejar solo y espuesto á mil peligros? decia muy apurada una señora.

—¡Lo que tardarian en llevársele los bribones que andan á caza de chiquillos! añadía una pobre lavandera.

—Será necesario llevarle á la comisaría del distrito, decian unos.

—Mejor será que le llevemos á la prefectura, opinaban otros.

—Ven, niño, ven, decíamos todos.

Pero el niño, cada vez mas alarmado con aquellos anuncios, aquellos nombres y llamamientos, asíase á las barras de la poterna, y con los brios que da el miedo, resistia gritando:

—¡No quiero que me lleven! ¡No quiero! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Que venga mi mamá!

Por temor de hacerle daño ninguno queria valerse de la fuerza, y ya los mas resueltos íbamos cejando en la tarea de persuadirle.

—¡Calle! ¡Yo le conozco! gritó á la sazón un muchacho de la misma edad. Ese niño es de mi barrio.....

—¿Y en qué barrio vives tú, arrapiezo? preguntó el de la trulla.

—Yo no me llamo arrapiezo, repuso con viveza el chiquitin. Me llamo Luis Durand, y vivo en la calle de *Magassins*, núm. 12, primer bohardilla de la izquierda.

—¡Bravo! ¿Y de veras conoces á este chiquitin?

—¡Vaya si le conozco! Es el niño de la casa grande.....

—¿Qué casa es esa?

—Una muy hermosa, que tiene á la entrada unos faroles que alumbran toda la calle, y en el jardin unas rejas con pinchos dorados que parecen lanzas.

El otro niño, al oír aquello, enderezó la cabeza y sus lágrimas dejaron de correr. Las señas indudablemente le convencieron, puesto que sin vacilar soltó la reja y fué á cogerse de la blusa del vecinito, como poniéndose bajo su inesperada proteccion.

—¿Podrás tú acompañarle hasta la misma puerta de su casa? preguntamos al niño de la blusa.

—¿Qué trabajo me cuesta? es mi camino; repuso echando mano á la cesta que habia dejado sobre un poyo. Despues, con gentil llaneza, miró á su compañero y dijo:



—Vamos, ¿te vienes?

El otro, sin decir una palabra se cogió de su brazo y fuéronse tan contentos.

—¡Con tal de que no vayan los dos á estraviarse! dije yo siguiéndolos con la vista.

—¡Quiá! ¡No haya miedo! exclamó el albañil entusiasmado; el compadre de la blusa es hombre que lo entiende. Apostaré á que no le lleva muchos dias, pero está mas avisado. La necesidad, como dijo el otro, es una gran maestra, y hartó se le conoce al pobrecillo que se ha criado en su escuela.

El corro se deshizo, y yo, por si acaso, me fuí siguiendo á los chiquitines.

A poco trecho los hallé muy entretenidos en mirar unas estampas. El niño pobre clavaba los ojos en los letreros. Carlitos, á ruego suyo, se los leía. Era un gusto el ver lo pronto que se habian hecho amigos.

Siguieron andando y yo tras ellos, tomándoles la filiacion. Salvo la edad, en todo se diferenciaban, empezando por los trages. El pequeño Duval vestia chaqueta y pantalon bombacho de castorina gris con vueltas de terciopelo; unas lustrosas botitas á la rusa, y un sombrero de fieltro con presilla y ala de pluma, completaban el equipo.

El de su conductor le aventajaba en lo pintoresco. Su blusa era un mosaico; cada remiendo tenia su color, y como los remiendos eran tantos, no era fácil distinguir el fondo. El niño crecia, y á cada lavadura el pantalon menguaba, de modo que las pantorrillas hubieran quedado al aire, á no ser por unas medias cuyos recosidos atestiguaban el esmero de una madre aseada y laboriosa; los zapatos, en venganza de que los habian atado, iban diciendo con mudas voces que no estaban hechos para sus pies.

No diferian menos en el rostro y en el talante. Lindo, airoso y distinguido el primero, atraia por la dulzura de su mirada; con sus ojos azules y serenos, sus cabellos rubios y ensortijados, su tez fina y sonrosada y su boca encendida y risueña, tenia el aspecto de un angelito.

El segundo era regordete, morenillo, tosco, vivaracho y resuelto, pero no aturdido; al contrario, cumplia perfectamente la obligacion de apartar á su compañero de los peligros de una larga travesía. Veíale atravesar el laberinto de las calles, tan seguro como si llevara en sus manos el hilo de Ariadna. Sus ojos negros, movibles, perspicaces, su sonrisa menos alegre que picaresca, su airecillo de protector, indicaban el precoz desarrollo de un talento, aguzado por la necesidad y por la experiencia, esa doctora que tan caras hace pa-



gar sus lecciones por lo muchísimo que valen, pues si bien se mira, no tienen precio ni reemplazo.

Entablamos conversacion, y supe que su papá ejercia el oficio de carpintero, y á la sazón trabajaba en las reparaciones del Louvre, que diariamente le llevaba el almuerzo, y esta y otras ocupaciones le impedían ir á la escuela, cosa que al parecer sentia, pues á menudo exclamaba: ¡Si yo supiera leer!

—Conmigo aprenderás, le decia el otro chiquitin echándola de maestro.

Así entretenidos. Llegamos al baluarte *Bonne-Nouvelle*, á cuya vista el rubillo comenzó á dar señales de gozo y enternecimiento. Avivó el paso y en breve descubrió su casa con la verja dorada.

Verla, dar un grito y apretar á correr gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!» fué cosa instantánea. En el inefable grito que respondió á su llamamiento reconocí á la madre que llena de zozobra le aguardaba en el umbral.

Despues que cesó el ruido de los besos, me acerqué á referirla en breves palabras los detalles del encuentro.

La buena señora me dió con efusion las gracias, y quiso dárselas al niño que habia reconocido y acompañado al hijo de sus entrañas..... pero aquel habia tomado el portante hácia su casa, num. 12.

Despedímonos, y hasta hoy no he sabido el resultado de tan feliz encuentro.

Hace pocos dias volví de nuevo por aquel barrio, y al reconocer las verjas me preguntaba: «¿Qué habrá sucedido? Seguirán los niños en buenas relaciones de amistad? El agradecimiento de la madre y la confianza de su hijo, ¿habrán allanado la barrera que puede haber entre las dos clases para distinguir las, pero que no debe separarlas?»

Sentí ruido hácia la puerta del jardín y dos niños aparecen en el umbral: el uno venia cargado de lilas y el otro se ocupaba en añadir al ramo varas de jacintos, de primulas y heliotropos.

A la luz de aquellos faroles que alumbraban toda la calle, vi sus caras. Eran ellos. Eran el niño de la casa grande y su avisgado conductor: los dos habian crecido y mejorado. El rubillo me pareció mas despierto: el otro menos basto y mas gentil en su apostura. Su blusa de lienzo crudo rayaba por lo sencilla en elegante; la gorra y el pantalon de cutí le venian como pintados; los borceguíes eran fuertes, pero estaban hechos para sus pies.

Se despidieron como dos buenos amigos, repitiendo á duo: «Hasta mañana.»

Seguí al del ramo, llaméle por su nombre, le recordé nuestra primer entrevista, y cayendo en cuenta dijo:



—Perdonad; no saludo porque llevo las manos ocupadas con estas flores que me ha regalado Carlitos.

—¿Con que os habeis hecho muy amigos?

—¡Yo lo creo! Amigos y condiscípulos, porque ahora mis padres son ricos y yo voy á la escuela.....

—¡Hombre! ¡Hombre! ¡Cuánto me alegro! ¿Les ha caído á tus padres la lotería?

—¡Quiá! no señor, si nunca juegan.

—Pues entonces, ¿cómo se han hecho ricos?

—Trabajando: mi madre cose y plancha la ropa de los señores. Mi padre ha puesto el obrador en una tienda que se traspasaba; Mr. Duval le adelantó el dinero; él y sus amigos se hicieron parroquianos, y como ahora tiene mucho trabajo y gana doble, comemos y vestimos un poco mejor, pagamos al casero, y todavía nos sobran algunos francos, que mi madre va imponiendo en la caja de ahorros. Con que ya veis si somos ricos.

—Cierto, dije yo para mi capote. Algo mas ricos que algunos que van en coche y deben los zapatos..... ¿Y qué tal, vamos á ver, adelantamos mucho en la escuela? ¿Sabes ya leer?

—Y escribir y contar: soy el primero en la clase, dijo apartando el ramo para lucir la medalla.

—Cáspita..... ¡Qué florido y condecorado!

—Todo se lo debo á los señores, repuso el niño con modestia. Carlitos y yo estudiamos juntos. Su papá nos repasa la lección; la señora nos explica la del Catecismo; despues jugamos y corremos por el jardin, y me dan muchas flores para mi madre.....

—De modo que los dos entráis á la parte.

—Justo. Es como si tuviéramos jardin..... ¡Son tan buenos los señores! ¡Dios los bendiga!

—¿Los quieres mucho?

—¡Que si los quiero! exclamó el niño asombrado de la pregunta. Mis padres y yo daríamos por ellos la pelleja..... Despues haciéndome un saludo, añadió:

—Esta es mi casa..... Buenas noches, caballero; hasta la vista.

El niño entró en la tienda y yo seguí mi camino diciendo: Pues señor, ya encontré lo que buscaba. Ya sé cómo desaparecería del mundo ese vergonzoso y horrible contraste de la mendicidad y la opulencia. El gran secreto es que los hombres cumplan la ley de Dios, en vez de discutirla ó rechazarla; es que cada cual en su esfera siga el camino trazado por Jesucristo, amándose los unos á los otros con verdadero espíritu de caridad. La caridad establece una firme alianza entre los grandes y los pequeños, allana por ambos lados las as-



perezas del orgullo y abre un camino de buena vecindad entre los talleres y los palacios. Por eso, en vez de tropezar á las puertas del segundo con el hosco mendigo que devoraba en silencio la ponzoña de la envidia y solo abria los labios para maldecir á los ricos, vi salir gozoso y cargado de flores al hijo del carpintero, llamándose rico y bendiciendo á sus queridos bienhechores.

El problema tan peligroso, tan difícil de resolver por la fuerza ó por el derecho, le habia resuelto pacífica y satisfactoriamente la caridad.

*Micaela de Silva.*

## LOS PREMIOS A LA VIRTUD EN FRANCIA.

---

La sesion pública anual de la Academia francesa para la distribución de premios literarios y á la virtud, ha tenido lugar en París el dia 13 de agosto.

En ella, despues de darse cuenta de las obras literarias, históricas y morales que han obtenido las recompensas merecidas, pronunció un discurso Mr. Cuvillier-Fleury, director de la Academia, sobre premios á la virtud.

Quisiéramos nombrar á todos los escritores que han obtenido estas gratas y nobles recompensas por sus trabajos de inteligencia; á esos les basta con la gloria que conquistan con su talento, sin necesidad de que nosotros nos ocupemos de ellos aquí. Sus triunfos nos interesan siempre; pero si la solemnidad anual que nos ocupa tiene para nosotros un carácter en extremo atractivo y simpático, es porque ha sido consagrada principalmente á coronar la virtud humilde, perseverante y con frecuencia hasta ignorante de su mérito.

Hay algo de tierno y verdaderamente grande en ese acto, donde se ven surgir de repente y aclamar ante la nacion entera esos nombres oscuros, esas acciones admirables en su sencillez. Es un espectáculo digno y conmovedor, que nos demuestra cuán vivos y persistentes son en todas las clases de la sociedad los sentimientos de caridad y de amor al prójimo, que son la gloria de ellos y la ejecutoria de nobleza de la humanidad.

Quisiéramos copiar las sentidas palabras que ha consagrado en su discurso el director de la Academia á la idea de la fundacion de los premios á la virtud.

Pero los mas nobles sentimientos, interpretados en el lenguaje mas elevado, tienen menos elocuencia, que la narracion sencilla y



verídica de los actos de abnegacion y los sacrificios hechos en la oscuridad y en la *inconsciencia* (digámoslo así) de su propio valor..

Buen ejemplo de ello son los siguientes renglones, relativos á los interesados que han obtenido el primer premio.

¿Quién era menos conocido, dice la narracion, y quién deseaba menos serlo que los esposos Besnard, hácia quienes llama la atencion de la Academia la ciudad entera de Rennes, con sus autoridades á la cabeza?

María-José Besnard es el gefe de un modesto taller de cerrajero, cuyo producto alcanza apenas para cubrir las necesidades de su hogar. Estos humildes recursos ha querido compartirlos con otros mas pobres que él. «¡Tesoro de caridad, decia el rey Estanislao, único tesoro que se aumenta repartiéndolo!» Las ganancias de la semana las distribuye Besnard todos los domingos á los huérfanos, á los enfermos, á los prisioneros, á todos los que sufren. Su mujer está asociada hace treinta años á esta obra benéfica, mostrándose siempre paciente, asidua, vigilante, sin alardes de bondad, sin emocion afectada, siempre dispuesta para hacer bien con la tranquilidad de una buena conciencia y la sonrisa del sacrificio.

Un dia salia Madame Besnard de su casa por primera vez despues de una larga enfermedad. Encuentra en la calle á cuatro niños casi abandonados por sus padres, con el cuerpo cubierto con una lepra asquerosa y en un estado de suciedad acumulada, tan repugnante, que hasta la limosna se alejaba de ellos con una especie de horror. Ella los lleva á su casa, los adopta y les dedica una serie de cuidados tan nauseabundos como necesarios, arrostrando el contagio que con ellos introducía en su morada. La obra de salvacion duró muchas semanas, y durante este tiempo, para poder hospedar á su familia aumentada así, Besnard agrandaba su casa. ¿Dónde encontraba dinero para semejante obra? Dios lo sabe. Se empobrecia, se privaba de todo.

Otro dia Madame Besnard encuentra en la calle una pobre muchacha errante y casi desnuda. En cuanto la ve, la echa sobre los hombros su manteleta y se encarga de hacerla conducir al refugio de *Saint-Cyr*, donde estarán seguras su honra y su juventud. ¿A cuántas jóvenes indigentes ha arrancado de esta suerte á la última de las desgracias?

Resulta de las declaraciones hechas por las autoridades de la ciudad de Rennes, que ha salvado así á mas de cien de estas desgraciadas.

«Si me proporcionan veinte mujeres como Madame Besnard,



nos escribe el abate Verdy, limosnero del convento de la Visitacion, me encargo de transformar la clase obrera de Rennes....»

Pero he aquí que la guerra estalla. La valerosa mujer corre al campo de Coulie, que rebosa de enfermos y moribundos, y se dedica al servicio de las ambulancias. Su edad parecia impedirle tal arrojio y sus fuerzas no podian alcanzarle para llevarlo á cabo.

«Pero en un cuerpo débil se alimenta un gran valor,» ha dicho el poeta; el valor, en efecto, la ha sostenido hasta el fin. Su marido se queda en Rennes cuidando á los soldados atacados de viruelas negras, enterrando los cadáveres, siempre de pié como un centinela y acudiendo, á cualquier hora de la noche, al primer grito de un agonizante, al primer llamamiento de la muerte.

La caridad, la bondad, la abnegacion de este matrimonio no necesita comentarios para brillar. Los omitimos.

El sacrificio parece ser el atributo de la muger. A Emilia Prudhomme ha sido adjudicado otro primer premio. Tiene cincuenta y ocho años. Su vida se resume en una única obra; pero esta obra dura desde hace medio siglo. Adoptada desde niña por un obrero que al poco tiempo empezó á padecer de un cáncer, ha consagrado su vida á cuidar á este infortunado, no retrocediendo ante nada, ni aun ante el contagio. Acometida por la misma enfermedad, se cura y vuelve á su puesto, en donde continúa todavía.

Los premiados por la Academia estan en todas las clases de la sociedad. Hay un sacerdote, el abate Massonneau, en Longué (Maine-et-Loire), que ha consagrado su vida y su fortuna á dar á su parroquia una iglesia, un presbiterio, una escuela, un hospital y un asilo para ancianos.

Hay un bravo militar, Albertini, ex-albeitar de la guardia republicana, cuya vida es un contínuo sacrificio desde 1863. Ha adoptado la familia de un amigo suyo (oficial de gendarmes que murió sin dejarles nada). Son cuatro hijos y su madre, y él provee á todas sus necesidades y cuida del porvenir de los hijos.

Copiemos todavía otro ejemplo de rara fidelidad.

La viuda de Marechal, madre de dos niños, criada al servicio de Mr. y Madama Chéron, en Viroflay, hizo con sus amos, sumidos en la indigencia, uno de esos milagros de la multiplicacion de los ahorros del pobre, que con tanta frecuencia leen nuestros ojos en el libro de oro de la caridad privada.

Mr. Chéron era banquero en Mortagne y despues en París. La viuda de Maréchal, su criada, habia colocado en su casa todos sus ahorros, por lo cual lo perdió todo cuando el banquero quebró. Cuando vió á sus amos pobres como ella, siguió sirviéndoles aún,



ayudándoles con su trabajo, despues de haber sido arruinada por ellos. La prueba ha durado veinte años.

Nos falta espacio para citar hoy, aunque sea brevemente, los nombres de todos los laureados, tan interesantes todos; pero en nuestra *Crónica del bien*, tendremos ocasion de darlos con la narracion de sus bellas acciones.

Los héroes del bien tienen derecho, sobre todo, á que sus actos sean conocidos de todo el mundo. No solo hallarán así una nueva y justa recompensa de su abnegacion, sino que tambien su ejemplo hallará émulos é imitadores, cuyos nombres irán á su vez á resonar bajo la cúpula del Instituto el dia de la distribucion de los premios á la virtud. = *Tomás Grimm*.

(*Le Petit Journal*.)

En el artículo publicado en el número 109, titulado «Un Paseo Matinal,» se dice por equivocacion que en el embarcadero del Retiro tocaba la batalla de Inkerman la banda del primer regimiento de Ingenieros, siendo así que la que ha tocado dicha pieza este verano en dicho sitio, es la del segundo. Hacemos esta rectificacion á peticion del músico director de la banda del segundo.

## CANTARES RELIGIOSOS.

No puede vivir en paz  
Un corazon vengativo.  
El que á su prójimo hiere,  
Se hace un gran daño á sí mismo.

La venganza mas cumplida  
Cuando la ofensa es mortal,  
Es hacer un gran favor  
Al que nos hizo un gran mal.

No digas que amas á Dios  
Si haces á los hombres mal.  
¿De qué te sirve la fe  
Si no tienes caridad?

Si quieres hallar piedad  
En el juicio del Señor,  
Haz que los pobres le digan:  
«Era nuestro bienhechor.»

*Micaela de Silva.*